

La fuente de San Miguel

La suave luz de aquel atardecer de otoño era el único acompañante en mi diario paseo. Hacía un rato que había comenzado mi recorrido, cuando algo distinto de lo habitual observé a lo lejos. Me acerqué a paso vivo. Me quedé estupefacto. Como hipnotizado. Sin apenas habla. Di dos pasos atrás. Tal vez tres. Sí. Allí estaba yo. Sin vida. Muerto. Junto al camino que conduce a la fuente de San Miguel. Primero vi aquellos zapatos negros, con un pequeño agujero en una de las suelas. Aparté parte de las matas que cubrían el cuerpo. Allí estaba el cadáver. Con la cabeza ladeada a la izquierda y los brazos siguiendo la línea del cuerpo. No aprecié a simple vista señal alguna de violencia. Pero su cara, su cara ¡era la mía! Reconocí mis manos, mi cabello. Un extraño escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me acerqué más. Toqué aquellas manos y una inusitada frialdad contactó con las mías. Respiré. Respiré profundamente. Una vez. Dos. No daba crédito a lo que veían mis ojos.

Era yo. Pero no eran mis ropas. Jamás las había visto. Pantalón gris. Camisa azul. Jersey también gris. Me froté la cara con ambas manos, varias veces, intentando poder comprender la realidad. Miré nuevamente mi cuerpo inerte en la tierra. Era mejor no tocarlo. No moverlo. Un ligero temblor se apoderó de mí.

Encendí con fruición un cigarrillo. Aspiré el humo intensamente. Me senté en una roca cercana. No era posible. No podía ser posible. A las seis de la tarde había terminado la consulta, como cada día. Habían sido casi tres horas consecutivas de constante trabajo, ver, oír y escuchar a mis pacientes de aquel pueblecito serrano, tan sólo interrumpido por este café cargado de ánimo y de estímulo que me prepara Julia cada tarde.

Son diez minutos maravillosos, relajantes, en los cuales todo el ambiente se empapa con el inconfundible aroma del café. Es como un rito. Cada día, uno tras otro, rutinariamente, al acabar la consulta doy un paseo hasta la fuente de San Miguel. A veces solo, a veces acompañado por Julia, otras por algún vecino del pueblo que hace el mismo camino que yo. Son veinte minutos deliciosos. El pueblo queda a mi derecha. Las casas se van alejando, lentamente, pausadamente, sin perder nunca su austera personalidad. Me gusta ir solo. Quizá porque de esta manera me olvido, a veces completamente, de las enfermedades y problemas de mis convecinos y también de los míos.

Al llegar a la fuente es primordial beber unos sorbos de la sanísima agua que viene de la sierra. Observar, con estoica admiración y una oración en el pensamiento, la románica ermita dedicada al santo. A San Miguel. Inspirar con energía el aire puro de estos parajes y, sin más, iniciar la vuelta de nuevo hacia el pueblo. Acercarse al café de la plaza y saludar a los contertulios de cada tarde que, desde temprana hora, pasan el tiempo entre café, copa y dominó. Dar un consejo, discutir sobre el tiempo, un trago del buen vino de la tierra. Día tras día, semana

tras semana, mes tras mes, como una liturgia silenciosa, que se perpetua en el espacio.

-¡Qué, don Francisco! ¿De paseo como cada tarde?

-Sí, Begoña, como cada tarde. ¡Hasta luego!

Era la mujer del Alcalde. Tenía la única carnicería del pueblo, ubicada en la calle Mayor. Seguí andando sin prisa, con la mirada perdida, acercándome cada vez más al final del pueblo. Una anciana me salió al paso, cogiéndome la mano con familiaridad.

-Don Francisco, que no voy mejor del reuma. No sé qué hacer. Ya sé que los años no perdonan, pero ¡tengo tantos dolores!

-Tranquila, señora Joaquina, tranquila. Mañana véngame a ver a la consulta y le daré algo que a lo mejor la pondrá nueva. Ya lo verá.

-Dios le oiga, don Francisco. Que Dios le oiga.

La anciana sonrió agradecida y se alejó a pasitos cortos. La calle quedó nuevamente en silencio. Tan sólo el suave silbido del viento del norte acompañaba mi andadura. Di la vuelta a la última casa y, siguiendo el camino que se inicia en la Cruz de los Caídos, me fui adentrando en el bosque de pinos que está junto al pueblo. Me seguía acompañando el silencio.

Un aguilucho parecía dar vueltas elípticas sobre un centro desconocido. Su vuelo me alertó. Hacía más de un año que no se había visto ninguno. Habían sido avistados arriba en la sierra, pero no tan cerca del pueblo. Sólo de tarde en tarde.

El viento cambió de dirección, más frío, algo más fuerte. Una lagartija pasó delante de mí, en actitud desafiante. Cogí una pequeña rama del suelo, la partí en dos y la arrojé junto a uno de los pinos centenarios que bordean el camino. En un recodo me pareció ver una sombra. Me paré. Saqué el pañuelo del bolsillo derecho del pantalón y me lo pasé cuidadosamente por la frente, como si quisiera secar un inexistente sudor. El viento movía anárquicamente las hojas de los árboles y las plantas se agitaban con más presteza. El eco de mis pasos hacía ahuyentar mi soledad. Una suave pendiente aceleraba ligeramente mi corazón. Sin sobresaltos. Al final de la misma, un pequeño prado era el premio a la subida. En primavera era delicioso sentarse unos minutos en él y deleitarse observando las flores que vivían allí en perfecta armonía. En esta época otoñal, el prado tenía otro aspecto. Distinto. Esperando recibir la compañía de las gentes del pueblo que, en sus paseos, acudían allí a descansar y conversar.

Yo les recomendaba que fueran a menudo. Había algo especial en él que daba paz al cuerpo y al espíritu. Era un perfecto sustitutivo de los tranquilizantes, y les decía a mis pacientes que el mejor medicamento para sus nervios era el silencio del prado del camino de San Miguel. Además era un buen ejercicio para mejorar la diabetes, el colesterol, la artrosis y para mantenerse en forma y no perder la agilidad de movimientos.

Con frecuencia solía encontrar a chiquillos del pueblo jugando a indios y vaqueros, a moros y cristianos o a la gallina ciega. Hoy no había nadie. Estaba vacío. Pero también lleno de vida. De esta vida inaparente que no se aprecia con la vista, sino con el corazón. Transmite algo imperceptible que atrae con inusitada fuerza.

Me paré un rato, sin sentarme, observando con atención el vuelo de un aguilucho, bajo y planeante. Probablemente había observado mi presencia pero seguía evolucionando con señorial majestuosidad. Decidí proseguir mi camino y me puse en marcha con aire tranquilo y rítmico.

El camino se empezó a estrechar para poder cruzar entre dos rocas y luego volver a ser lo que era. Creo que me conocía de memoria todas las piedras y guijarros del sendero. Sus vueltas y revueltas. Sus ancestrales árboles que lo protegían cotidianamente. Seguí andando sin pararme un instante. Hasta que vi aquellos zapatos sobresalir de los matorrales. No era posible. No podía ser posible.

Sentado en aquella roca cercana al cuerpo tendido, sin moverme, parecía como si el tiempo se hubiese detenido. Pero no. No se había detenido. Las agujas del reloj avanzaban implacablemente marcando el paso del tiempo.

¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? Dudé lo que tenía que hacer. Casi sin darme cuenta me levanté, maquinalmente, aturdido. Consciente del drama que estaba viviendo. Anduve lo recorrido con paso rápido, asustado, impotente de mi propio ser. Las primeras luces de la noche me recibieron cuando entraba en el pueblo. Las calles estaban desiertas y silenciosas, mientras la campana de la iglesia tañía un sonido a muerte. Sombras chinescas aparecían y desaparecían en los alféizares de las ventanas de la calle Mayor. Facies inexpresivas parecían mirarme desde los balcones de las casas que flanqueaban la plaza de la iglesia. Algún susurro casi inapreciable llegó hasta mis oídos. El viento era cada vez más intenso, más hiriente. Me detuve jadeante ante el portal de mi casa. Estaba toda iluminada, blanca como la nieve. La puerta, entreabierta. La empujé suavemente y, como destellos que emergían de la nada, noté un par de ojos que me miraban fijamente. Luego otro par. Y otro. No decían nada. Sólo me miraban. Inexpresivamente. Un sudor frío empezó a recorrer mi cuerpo, mientras una sensación de vértigo giratorio imparable me hizo tambalear. De repente, aquel dolor, aquel dolor transfixiante en el pecho que me atenazaba la garganta y me impedía la respiración. Noté que la vista empezaba a nublarse, las imágenes comenzaron a distorsionarse y un amargo sabor llenó mi boca de espumosa saliva.

Me apoyé inconscientemente en el marco de la puerta, sin poder traspasarla. Mi cabeza estaba a punto de estallar, mi mano derecha apretaba con el puño cerrado el tórax, intentando aliviar el dolor tan intenso que estaba soportando. La respiración empezó a entrecortarse, las piernas a temblar sincrónicamente.

Aquellos ojos, aquel par de ojos, seguían observándome fijamente, con una expresión inhumana, como carente de vida. Un hormigueo insoportable descendía por mi brazo izquierdo, hasta llegar a las yemas de los dedos. Pronto noté que me estaba transformando, que mi cuerpo empezaba a evaporarse, como si fuese etéreo, como si se desintegrase. Me pareció que todo había desaparecido y me noté frío y sin vida. Palideció todo a mi alrededor, se tornó todo más grisáceo, más efímero. Noté que mi corazón cansino se había detenido, sin haber tenido tiempo de despedirse de sus largas noches de suave y plácido vivir.

De repente advertí que alguien me zarandeaba con energía. Abrí los ojos y reconocí la imagen familiar de Julia que me recriminaba que me hubiese dormido tanto rato. Me levanté del sillón en que estaba, me acerqué al lavabo y me lavé la

cara varias veces. El reloj de pared de la esquina del comedor señalaba las tres en punto.

A veces tengo extrañas pesadillas. Me miré en el espejo y decidí que aquella tarde no iría a pasear como de costumbre a la fuente de San Miguel. Apreté un poco el nudo de la corbata, tomé un sorbo de café y me dispuse a empezar la consulta como cada tarde.

Respiré. Estaba vivo.